

# El tesoro de los saberes olvidados

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Le trésor des savoirs oubliés*

En cubierta: © rawpixel

© Éditions de Fallois, 1998

© Société d'édition Les Belles Lettres, 2022

© De la traducción, Manuel Serrat Crespo, 1999

© Ediciones Siruela, S. A., 2026

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 979-13-87688-98-1

Depósito legal: M-3.507-2026

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Jacqueline de Romilly

EL TESORO DE  
LOS SABERES OLVIDADOS

Traducción del francés  
de Manuel Serrat Crespo

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 160 (Serie Mayor)

# Contenido

Introducción	9
I. LOS RECUERDOS OCULTOS	23
Las habilidades, primero, 24 – Las amarras, 30 – Fichas y transmisión, 39	
II. «IBA A DECIRLO»	51
La paradoja del olvido, 51 – Tanteos, 56 – Doctrinas de la rememoración, 60 – Los recuerdos y las palabras, 68	
III. SABERES OLVIDADOS Y FORMACIÓN INTELECTUAL	77
Referencias para el juicio, 78 – El pensamiento de los demás, 86 – La cultura, 91 – Advertencia y modo de empleo, 100	
IV. LA MARCA DE LOS VALORES	103
V. POR UNA FORMACIÓN AFECTIVA Y MORAL	129

CONCLUSIÓN	157
Un tesoro muy extraño, 157 – La traición de las metáforas, 157 – Entre la memoria y el olvido, 161 – Dejar hacer, dejar pasar, 167	
Apéndice primero	169
Apéndice segundo	185
Nota complementaria	195

## Introducción

Hará pronto un año que perdí casi por completo la vista. El resultado fue el cese de muchas actividades prácticas; y la consecuencia de este cese tal vez haya sido concentrar mi atención en los detalles y las complejidades de la vida interior. Volvían a mí, en desorden, los recuerdos y me demoraba siguiendo su incierta andadura. Recupera-  
raba también los lejanos vestigios de mi pasado escolar, cuyo sentido y cuyo carácter a menudo imprevisto se me aparecían con mayor claridad. Otros días me proporcionaban otras sorpresas; era, a veces, un objeto extraviado y vuelto a encontrar, otras la brusca aparición de todo un lienzo de realidades abolidas, o, por el contrario, un desesperado esfuerzo por encontrar un pasaje literario, que había conocido muy bien y que ya no podía, ahora, verificar. Evaluaba mejor la extrañeza de todo lo que ocurre en nosotros entre la memoria y el olvido, el saber y la ignorancia, la esperanza y el temor. Me maravillaba un poco ante ese mundo redescubierto, admiraba su complejidad, era como si estuviera tomando conciencia de él por primera vez.

No se trataba en absoluto, es cierto, de revelaciones, y nada percibía en ello que fuera realmente nuevo. Era, sencillamente, como si un telón se hubiera levantado ante toda una actividad subterránea, oculta hasta entonces, con

numerosos engranajes, imprevistos y perceptibles de pronto. Se trataba solo de pequeños hechos familiares y anodinos, sin mayor alcance; pero de cada uno de ellos se desprendía la misma impresión de misterio vinculado a esas rememoraciones posibles o imposibles.

Luego, un buen día, advertí que toda esta vida secreta a la que, sin duda como la mayoría de nosotros, había prestado hasta entonces poca atención, retenida como estaba por la vida práctica y la prisa cotidiana, advertí, digo, que contaba mucho: modificaba en muy gran medida las cuestiones que me habían ocupado en los períodos precedentes; y merecía convertirse en objeto de mis reflexiones. Fue, en suma, como una especie de emplazamiento y ordenación. De allí brotó la idea de escribir este libro.

Los problemas de nuestro tiempo los conocemos todos; la actualidad no deja de recordarlos, de proclamar su gravedad. Todos están de acuerdo: vivimos en un mundo con muchas crisis. Y empleo a posta la expresión en plural, dándole todo su peso y toda su fuerza. Se trata de crisis políticas y sociales, de crisis morales y también, volveré a ello, de una crisis de la enseñanza.

No insistiré en hechos cuya evidencia es indiscutible. ¿Cómo no hablar de crisis política cuando vemos a gobiernos y partidos alternarse sin suscitar el interés de buena parte del país?, cuando vemos a políticos procesados, sea cual sea su partido, y detenidos, lo que prueba que eran muy ligeros y egoístas, con respecto al bien público, o que sus enemigos demuestran un encarnizamiento contrario,

también, al bien público. Cómo no hablar de crisis social, cuando todos insisten en la fractura que existe entre las distintas capas de la sociedad, cuando tanta gente carece de empleo, cuando la juventud pierde su confianza en el porvenir porque se ve reducida al paro, cuando, finalmente, una parte importante de la población se arrastra no solo sin trabajo, sino también sin derechos, sin respeto por las reglas, sin alojamiento, sin verdadera esperanza —todo eso, lo sabemos, no funciona. Todo eso revela una atmósfera de crisis. De ahí se desprende toda clase de trastornos. Vivimos en un mundo en el que la violencia hace estragos por todas partes, en el que la seguridad no está ya asegurada. Incluso los progresos de la ciencia acaban creando crisis, provocando contaminaciones, riesgos de envenenamientos diversos, ya sea la sangre contaminada, el amianto, las vacas locas o, también, los peligros de explosión —la amenaza, a nuestro alrededor, está en todas partes. No hablo siquiera de las amenazas procedentes de una vida social desorganizada en la que las huelgas son a menudo salvajes, en la que también las manifestaciones acaban en violencia. ¿Y cómo no vincularlo todo a una crisis moral? Tal vez esa crisis moral sea resultado de dificultades; es también, en parte, su causa; pero en cualquier caso es innegable. Si los políticos resultan sospechosos, si los ciudadanos se desinteresan de la colectividad, si los propios jóvenes, y desde la edad escolar, desencadenan actos violentos y destrucciones, cuando la única salvación sería, para ellos, preservar el bien común del que deben tomar su propia parte y poner los cimientos de su porvenir, entonces es que hay una grave crisis moral.

Leía estos últimos días, en los periódicos, la agresión de esos cuatro muchachos que, sin razón alguna, tiraron al agua y ahogaron a un hombre de edad y tullido, que pescaba tranquilamente sin hacer daño a nadie. Lo mataron y no tenían para hacerlo motivo especial alguno. Querían sencillamente distraerse, gastar una broma, mostrar su independencia. Mostraron, en realidad, que eran espíritus vacíos, a quienes nadie había enseñado el respeto por los demás, a quienes nadie había inculcado los modos de sentirse responsables y capaces de actuar razonablemente: arrastrados por la excitación, habían actuado como bestias o, más bien, peor aún; pues no estoy segura de que los animales se entregaran a actos semejantes: es preciso para ello el aliento de una propaganda libertina y una educación en exceso tímida: ¡Sí! La crisis se traduce en los propios espíritus y amenaza realmente la dignidad del hombre.

Todo ello es comprensible. Se trata, en suma, de una evolución brusca que ha socavado, a la vez, o tal vez sucesivamente, los valores religiosos, el papel de la familia, el sentido de la obligación, el respeto por los demás y muchos otros rasgos sobre los que se construye una sociedad.

De todas esas crisis, la que afecta a la enseñanza merece tratamiento a parte. Creo que es indiscutible que existe en sí misma y que muchos se quejan de ello. Es lamentable ver cómo Francia cuenta con una proporción de iletrados superior a la de la mayoría de los demás países, puesto que es mayor del 40%, cuando Francia era tradicionalmente, en este campo, un modelo o, al menos, el centro de una proyección cultural a menudo reconocida. Pero no evocaré, una vez más, la cuestión del nivel y los problemas pro-

pios de la enseñanza. A mi entender, esta cuestión debe separarse de las demás y esta crisis también, pues no están en el mismo plano. Puede parecer menos grave, se la ve menos, pero mantiene con las demás crisis una relación que, en parte, es de causa a efecto —y de modo directo.

En cierta medida, las dificultades de la enseñanza son efecto del malestar de la sociedad. Si la célula familiar no hubiera sido abolida, si no se hubiera visto limitada, en muchos casos, a una sola persona y condenada a una constante inestabilidad, los padres habrían podido encargarse de ese papel de educación y formación que tan cruel falta hace hoy. Por otra parte, si la sociedad no hubiera reemplazado en todas partes el sentido del respeto por el de una completa igualdad, el clima de la enseñanza habría sido mejor y la anarquía que reina se habría evitado. No es posible dejar de pensar en el famoso texto de Platón cuando, en la *República*, describe los excesos de la democracia señalando que, en esos regímenes extremos, el profesor tiene miedo de sus alumnos y los imita, en vez de ser ellos quienes lo imiten.

Pero es más importante comprender que la enseñanza prepara la sociedad del mañana, que forma los hombres que deberán luchar, encontrar un empleo, conservarlo, sobresalir en él, inventar nuevas empresas, dirigir una política mejor, hacerse oír por sus conciudadanos, y que prepara a estos conciudadanos para juzgar libre y claramente, sin dejarse arrastrar por frases hechas, jergas y propagandas que hoy les amenazan por todas partes.

Naturalmente, por la educación no van a resolverse todos estos problemas diversos, económicos y sociales. Pero,

a la inversa, me parece absurdo querer resolverlos sin tener en cuenta el elemento humano, al que implican en primer lugar.

Y sin insistir en ideas que serán retomadas en este libro, más adelante, podemos, por lo menos, hacer observar que la violencia, que es una de las plagas de nuestra sociedad, debiera ser uno de los males que la escuela contribuye a eliminar por medio de un aprendizaje, un entrenamiento, por la repetición de ideas, en las que se presenta ese rechazo de la violencia, que es en realidad y siempre ha sido el primer signo de la civilización con respecto a la barbarie. La violencia ha entrado en la escuela porque una formación destinada a detenerla y rechazarla no ha sido impartida, durante los estudios, con bastante insistencia.

Formación: repito la palabra. Pero ¿en qué? Pero ¿cómo? Pero ¿con qué disciplina? ¿Puede la enseñanza modificar a los alumnos? ¿A través de qué milagro unas lecciones dadas en clase pueden construir una personalidad? ¿Ser, como he dicho aquí, una formación? ¡Oh!, es frecuente que algunos autores hablen del valor formativo de la enseñanza: lo que corresponde, en general, a cierta experiencia que muestra en efecto que, al madurar, muchos niños han progresado y se han modificado en un sentido satisfactorio. Pero ¿por qué? Pero ¿cómo? ¿En qué puede modificarnos un conocimiento que se adquiere sin alegría y que se olvida enseguida? No creo que este problema se haya tratado en libro alguno —al menos de modo sistemático. Así mismo, se habla de la cultura, resultado de esta formación, y se cita la famosa frase: «La cultura es lo que queda cuando se ha olvidado todo». Pero ¿qué queda

pues cuando todo se ha olvidado realmente? Nadie nos lo explica. Hay ahí una extrañeza, una laguna, y eso es lo que hoy he intentado remediar.

En efecto, me ha parecido que esta complejidad de la vida psicológica, esos intercambios secretos y múltiples entre la memoria y el olvido, entre el saber y la ignorancia, proporcionaban la respuesta y la explicación. Hasta hoy había hecho como los demás: había hablado con temblores de emoción de la formación y otra vez de la formación. Insistí, y me felicito por ello, en este valor formativo, pero no había rastreado sus condiciones y sus modalidades. Nos dejamos arrastrar sin quererlo, cuando las discusiones solo versan, día tras día, sobre los horarios y los repartos, cuando no sobre las nóminas o los gastos que representan los patios de recreo, los comedores escolares, etcétera. Todo ello es importante, claro está, pero todo nos aleja de esa enseñanza que debe ser una formación y de los medios de ponerla en práctica para que lo sea, de las disciplinas y los métodos capaces de conseguirlo; y todo nos aparta también de los mecanismos psicológicos en los que se basa este enriquecimiento del espíritu.

Quisiera, pues, hablar de la enseñanza desde esta nueva perspectiva. Quisiera mostrar cómo puede realizarse esta formación intelectual, afectiva y moral, por qué trabajo sutil y oculto que va prosiguiendo en nosotros, sin que lo advirtamos, el espíritu se ve poco a poco arrastrado, enriquecido y modificado. Quisiera mostrar todo lo que ocupa un lugar entre lo que sabemos y lo que ignoramos, entre un recuerdo olvidado y un recuerdo presente. Pues de la serie de estos depósitos, de estas sugerencias, de estas

aperturas, se alimenta poco a poco el alumno. Tenemos en la vida cotidiana la prueba de la existencia de este mundo secreto que vive en nosotros y que sigue viviendo, incluso aunque no lo sepamos, no pensemos ya en él y creamos haberlo perdido todo. El tesoro de los saberes olvidados no es un tesoro abolido, sumido en el fondo de los mares, que solo podamos evocar al modo de la nostalgia: es un tesoro muy cercano y accesible, que invito a descubrir de nuevo en el fondo de nosotros mismos, y del que, de vez en cuando, tenemos la revelación. Pues bien, ese tesoro se lo debemos a la educación o, mejor dicho, a cierta educación.

Se trata pues, aquí, de una especie de exploración psicológica en busca de esos vestigios que deja en nosotros el saber cuando nos atraviesa y, por eso mismo, nos modifica. No tengo cualidades para entregarme a esta búsqueda, salvo por el hecho de que he enseñado durante muchos años, he vuelto a ver a muchos antiguos alumnos, me he encontrado con muchas personas que rememoraban sus recuerdos de clase y, yo misma, he tenido a menudo la ocasión de observar las diferencias producidas con el tiempo, de operar la brusca comparación entre recuerdos que se evocaban y lo que, luego, podía quedar de ellos. Es una experiencia personal y colectiva al mismo tiempo, que me servirá aquí de base.

En cualquier caso, son mínimos hechos que, a mi entender, nunca se han tenido lo bastante en cuenta. Tal vez porque no se han advertido realmente, impacientes como estábamos por obedecer los apremios de la vida práctica. Y además, ciertamente, el materialismo reinante vuelve también nuestro espíritu más hacia las realidades prácticas

y las ventajas materiales y nos impide observar la propia complejidad de nuestra vida interior.

Y, sin embargo, todo eso está muy cercano, es tangible, comprensible.

En resumen, me parece que vivimos en una época en la que esa complejidad de la psicología, por lo que se refiere a la memoria y el olvido, está en primera línea, ocupa un lugar desconocido hasta ahora en nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestras reflexiones cotidianas.

Heme aquí en plena modernidad por una vez; ¡y lo aprovecho!

Basta con pensarlo. En la literatura, ¿no está nuestro siglo dirigido en gran parte por los escritos de Proust, que son una investigación sobre la memoria y el olvido, sobre el tiempo pasado, sobre los detalles que pueden regresar trayendo consigo toda una serie de recuerdos, el sabor de una pequeña magdalena o la súbita floración de los espinos albares en un camino campestre? ¿No es esta obra todo el contraste entre el tiempo perdido y recuperado, entre las imágenes distintas de una misma persona o un mismo paisaje, percibidas en momentos distintos? La señal de esta curiosidad literaria podría encontrarse en muchos autores. No estoy haciendo una historia de la literatura, pero podría, citando un recuerdo personal, mencionar que recientemente tuve la ocasión de recibir en la Academia al escritor Héctor Bianciotti y que, deseando presentar su obra, me vi arrastrada a consagrar toda una exposición a sus reflexiones sobre el recuerdo. En él,

se trata de la infidelidad del recuerdo, los cambios que sufre, el hecho de que nunca regrese del mismo modo y se vea sin cesar modificado. De hecho, lo que escribe es una mezcla de memoria e imaginación. Ahora bien, esta es una de las direcciones que, a mi entender, toma hoy la novela. Y, a propósito de recuerdos, podríamos evocar que durante siglos algunos autores escribieron memorias que seguían un orden cronológico, que eran fieles a acontecimientos históricos y se orientaban de acuerdo con las líneas generales de la historia. Hoy, por el contrario, ha proliferado la moda de los recuerdos al azar, nunca históricos, casi nunca ordenados, tomados según el humor e incluso el capricho de la memoria, lo que es un modo de dejar sitio a la complejidad, a la inestabilidad del recuerdo. Por otra parte, hace un momento he hablado de Héctor Bianciotti: escribió sobre Nathalie Sarraute; ahora bien, Nathalie Sarraute es una escritora que ha consagrado libros enteros a la búsqueda de recuerdos perdidos, de palabras perdidas, y tendremos ocasión de encontrar citas de esa autora. Como vemos, existe una gran emergencia de reflexión sobre el recuerdo, pero la filosofía es también su reflejo. El joven Proust había seguido la primera clase de Bergson en el Colegio de Francia y Bergson escribió sobre la memoria; lo hizo en su libro *Memoria y vida*, así como también la trató en otras obras, otorgándole un gran lugar, muy próximo a la propia vida del espíritu. Todo ello se sitúa, a fin de cuentas, en un momento en el que prolifera, tan importante para nuestro siglo, demasiado importante tal vez, la primacía del psicoanálisis. Con los libros de Freud y su enseñanza se trata de recuerdos en

efecto inconscientes, olvidados, ocultos y que corresponden, por lo general, a pulsiones sexuales o recuerdos crueles, voluntariamente ocultos lejos de la conciencia y que el médico procura rastrear, cuando su influencia arruina el equilibrio de sus pacientes. Tras esos grandes nombres, sería preciso citar todas las investigaciones: las de los grandes médicos como Pierre Janet y Jean Delay, así como las de la genética o la biología que, también ellas, se orientan a veces hacia la memoria.

El movimiento es, así pues, claro e incluso sorprendente. Pero por qué, aunque la psicología sea, así, el signo de nuestros tiempos, aunque las sutilezas sean su marca reconocida, por qué admitirlo y reconocerlo en el caso, por ejemplo, del psicoanálisis, donde se trata de descubrir recuerdos cuidadosamente enterrados y, por lo general, crueles, que tienen una influencia nefasta en la vida de la gente, y no reconocerlo cuando se trata de una vida sana y normal de un ser joven, que avanza, que acumula en sí un tesoro de recuerdos inocentes y enriquecedores. Por qué admitir, en un caso, las transformaciones que gravitan sobre el carácter y sobre el propio curso de la existencia y no reconocer el papel de esta misteriosa masa de recuerdos, escolares o no, que cada uno acumula en mayor o menor número y que dan a la vida interior su profundidad, su riqueza, su fecundidad.

Sin embargo, las comparaciones que acaban de hacerse no deben dar engañosas esperanzas. Los recuerdos de los que aquí se hablará son de un tipo más sencillo que los que

acaban de evocarse y su acción es más modesta. Tal vez sea por eso, también, por lo que no se les presta suficiente atención: no crean desequilibrios ni enfermedades que exijan cuidados, sino que contribuyen, por el contrario, al equilibrio y a la buena marcha de nuestro espíritu y de nuestra vida interior. No deben esperarse, pues, revelaciones imprevistas y sorprendentes. Se encontrará, más bien, una serie de anécdotas, de pequeñas búsquedas, de recuerdos personales, como los que podrían evocarse en la más familiar de las conversaciones. Pero su sentido será, cada vez, el de dar testimonio de la presencia de este tesoro de saberes olvidados, del papel de formación que comportan el aprendizaje escolar y los demás aprendizajes. Tales testimonios se darán muy libremente, sin orden ni concierto, y el propio principio consiste en apelar a experiencias muy sencillas.

Pero, al mismo tiempo, este principio explica el propio desarrollo y la organización del libro. El análisis se llevará a cabo en tres tiempos, a medida que vaya progresando la reflexión sobre recuerdos accesibles de entrada, luego enterrados a mayor profundidad y, finalmente, sobre su valor positivo o negativo en nuestra vida afectiva y moral. Por otra parte, se consagrarán dos capítulos, respectivamente, a la propia formación que proporcionan esos recuerdos olvidados —formación intelectual primero, moral y afectiva luego. Dos series de análisis situados más acá o más allá de esta formación han sido separados de la sucesión expositiva y figuran en apéndice.

Que en estos análisis y, en especial, en estos distintos desarrollos haya una esperanza de mejoría para la enseñan-

za, una lección sobre las materias que deben enseñarse y el modo de enseñarlas, representa, para mí, una justificación que valoro. Pero debe reconocerse, mientras tanto, que la simple descripción de estos pequeños fenómenos familiares y pasmosos resulta por sí misma, y con independencia de cualquier esperanza práctica, un objeto de admiración. Sucede con esta complejidad y estas sorpresas entre memoria y olvido lo que sucede con las revelaciones que nos han reservado, durante los últimos decenios, la biología o la genética. La búsqueda de un recuerdo desde el punto de vista psicológico, sus vínculos con toda clase de hechos y circunstancias: sí, es extrañamente complicada y valiosa. Pero ¿no sucede lo mismo cuando los sabios nos revelan la doble espiral del ADN o el sorprendente papel de esos ácidos ribonucleicos enviados como mensajeros que transmiten la orden de fabricar cierta proteína y pasando, todo ello, por mil intermediarios? Una precisión sin igual en los engranajes se ilumina, un poco más cada día, gracias a sorprendentes descubrimientos. No tenemos la ambición de hacer semejantes descubrimientos en el terreno, más modesto, que nos ocupa, pero es preciso decir que la admiración ante la realidad puede, en ambos casos, ser comparable.